

Gabriela Molina



Illustration











A QUEMARROPA Entre las enormes ganancias que les produce el narcotráfico, más la fabulosa ayuda que les puede entregar Hugo Chávez, no es descabellado pensar que las FARC, parapetadas tras otras siglas, pueden creer en una entrada victoriosa y pacífica en la Casa de Nariño

Colombia, de narcoguerrillas a narcoestado

Por
Carlos Alberto Montaner*



Es muy improbable que las conversaciones de paz entre el Gobierno colombiano y las narcoguerrillas de las FARC lleguen a buen fin. Incluso, es posible que no sean una buena idea. Y la razón es muy simple: el Estado colombiano no está sentado en una mesa de negociaciones con un grupo de patriotas violentos, que han recurrido al crimen y la violación de la ley para lograr un objetivo político.

Eso eran el IRA irlandés, la ETA vasca, incluso el M-19 colombiano o el Irgún israelí, al que perteneció Menájem Beguín, quien, además de llegar a ser un notable Primer Ministro de Israel, alcanzó el Premio Nobel de la Paz en 1978. Las FARC son otra cosa.

Las FARC, que hace casi medio siglo comenzaron sus actividades como brazo armado del Partido Comunista, soñando con crear en Colombia una sociedad similar a las que preconizaba la URSS, autoritaria y colectivista, pero, al fin y al cabo, surgida de ciertos ideales, en el camino empezaron a financiarse gracias al narcotráfico, los secuestros y la extorsión, orillando el proyecto político original hasta el punto en que los medios sustituyeron a los fines.

Sencillamente, se transformaron en una enorme máquina dedicada al delito, más cercana y parecida a los cárteles de la droga que a

las organizaciones revolucionarias violentas.

Si esto es así, ¿por qué los narcoguerrilleros de las FARC accedieron a participar en unas negociaciones de paz? La hipótesis más difundida es que los ataques de los militares colombianos les habían hecho mucho daño a partir de la estrategia del presidente Álvaro Uribe y temían resultar liquidados, como les sucedió a Raúl Reyes, a Mono Jojoy y a Alfonso Cano, tres de los más importantes jefes militares de la organización abatidos por la aviación nacional.

Otra probabilidad es que pensaran, siguiendo el ejemplo de los vietnamitas en los años setenta, que negociar con el enemigo mientras continuaban los combates, acabaría por debilitar la voluntad de lucha del adversario hasta desmoralizarlo totalmente. Dialogar, si ese es el razonamiento, es una táctica de lucha más que un cambio de estrategia, lo que explicaría el tono arrogante y triunfalista con que se han sentado a la mesa.

Una tercera motivación, compatible con las dos anteriores, es el triunfo de la visión chavista de la toma del poder: conquistar el Gobierno por la vía electoral, aunque, como sucedió en El Salvador, en una primera fase pudieran aupar a un candidato independiente, informalmente comprometido con las narcoguerrillas.

Entre las enormes ganancias que les produce el narcotráfico, más la fabulosa ayuda que les puede entregar Hugo Chávez, no es descabellado pensar que las FARC, parapetadas tras otras siglas, pueden creer en una entrada victoriosa y pacífica en la Casa de Nariño. Tampoco es un error suponer que eso, exactamente, es lo que les recomendaría Raúl Castro, a estas alturas desconfiado de todas

las guerras convocadas por su hermano, que él apoyó en su turbulenta juventud.

Pero, tan importante como el por qué las narcoguerrillas se sientan a conversar, es el para qué una organización consagrada al delito da ese paso e intenta llegar al poder por otras vías. A mi juicio, la única explicación racional es la pretensión de convertir a Colombia en un narcoestado, a una escala mucho mayor de lo que el general Noriega hizo de Panamá en la década de los ochenta o algunos generales haitianos en su pobre país, comenzados los años noventa.

Ese escenario no es ninguna fantasía. ¿Para que gestionar una vasta operación de narcotráfico escondidos en la selva cuando se puede hacer cómodamente desde el Gobierno? ¿No hay junto a Hugo Chávez narcogenerales venezolanos que tratarán de conservar el poder cuando el presidente sucumba como consecuencia del grave cáncer que lo afecta? ¿Qué poder puede oponerse a una alianza entre dos narcoestados del tamaño y la importancia de Colombia y Venezuela?

Y si éste está errado, ¿cuál es el análisis acertado de las conversaciones de paz que se llevan a cabo en La Habana? ¿Se puede pensar que esas encallecidas narcoguerrillas, atemorizadas por la derrota, están dispuestas a desarmarse con el único objeto de integrarse en la vida pública colombiana o en la sociedad civil a cambio de impunidad por los crímenes cometidos?

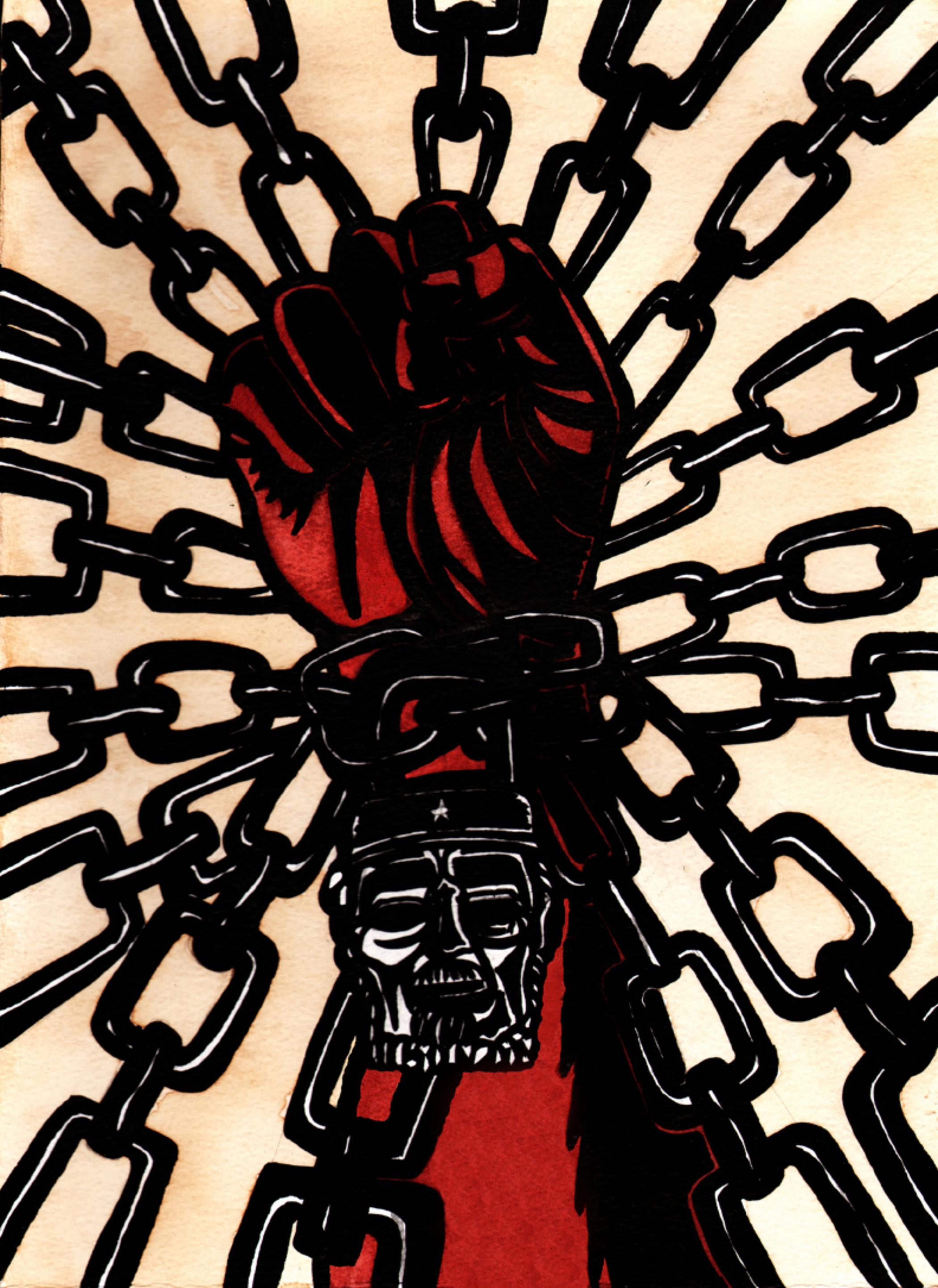
Francamente, no lo creo. No es así como actúan las organizaciones criminales. (Firmas Press).

*El autor es periodista y escritor. Su último libro es la novela *La mujer del coronel*.



ILUSTRACIÓN / GABRIELA MOLINA







A QUEMARROPA Los Castro, que han conseguido fracasar en todo lo concerniente a la producción de bienes y servicios, al asombroso extremo de haber liquidado la centenaria industria azucarera, han logrado, sin embargo, aferrarse al poder durante 54 años

El camino de La Habana

Por
Carlos Alberto Montaner*



En el medievo los peregrinos acudían a Santiago de Compostela, en Galicia, en busca de indulgencias para entrar directamente en el reino de los cielos sin pasar por la desagradable experiencia del purgatorio o la aburrida espera del limbo (espacio teológico, por cierto, que últimamente fue clausurado). Recorrieron el famoso Camino de Santiago (unos cuantos cientos de kilómetros si se hace desde el Pirineo francés), le daban un abrazo al santo de palo y la gloria estaba asegurada.

Algo así es lo que hoy sucede con la cúpula chavista. Los peregrinos del aparato bolivariano llegan al paraíso tras recorrer el Camino de La Habana a darles un abrazo a los hermanos Castro, dos ancianos que a estas alturas de la vida también tienen cierta consistencia calcárea, o, en palabras de Agustín Lara, "alabastriña".

¿Qué hacen chicos como Maduro, Cabello y Jaua en un sitio como ese? Obvio: van a aprender la única materia en la que Cuba es la mayor exper-

ta del planeta: supervivencia política. Los Castro, que han conseguido fracasar en todo lo concerniente a la producción de bienes y servicios, al asombroso extremo de haber liquidado la centenaria industria azucarera, han logrado, sin embargo, aferrarse al poder durante 54 años, sobreviviendo a larguissimas e inútiles guerras africanas, decenas de aventuras guerrilleras y terroristas, y a la desaparición de la URSS, padre, patrón y financista del disparate cubano.

¿Cómo lo han logrado? Esto es importante, porque ahí radica la esencia de la lección cubana a los venezolanos:

Primero, manteniendo una absoluta disciplina dentro de la estructura de poder. Sólo existen una sola cabeza, una sola voz, un solo aplauso. No puede haber disenso ni desviación. No hay espacio para vertientes. Al fun-

cionario o dirigente que se mueva lo aplastan o lo extirpan, previa la pública demostración de que era un canalla.

Segundo, control absoluto de la maquinaria que hace las reglas (ese coro afinado que funge de parlamento) y de la institución que las aplica como les conviene a los mandatarios (el Poder Judicial, que es sólo una familia de verdugos obsecuentes al servicio de los gobernantes).

Tercero, control total, también, de los medios de comunicación que dan cuenta de los hechos públicos y privados. La realidad es lo que decide quien tiene encomendado describirla. Las contradicciones no existen. Una de las principales funciones del Estado es mantener oculto cualquier aspecto que desmienta el discurso o relato oficial.

Para lograr esos objetivos e inducir los comportamientos que promueven la obediencia, los soviéticos crearon un muy eficiente sistema de estabulación ciudadana.

Las personas eran colocadas en establos institucionales, clasificándolas por la edad, el género y la ocupación, siempre vigiladas por la policía política a una distancia ostensible, para hacer sentir la presión e infundir miedo. (Es muy importante que las personas sientan temor para que no se rebelen o protesten).

Al cabo de un par de generaciones ese tipo de Estado se consolida. Ha surgido "el hombre nuevo", pero no exactamente la criatura desinteresada, solidaria y laboriosa que preveía Marx, sino un tipo inmovilizado por tres cadenas indestructibles:

La fuerza de la inercia. Las cosas se hacen así, porque siempre se han hecho de esa manera. No hay alternativa a la incomodidad que produce ese Estado torpe y burocrático.

El miedo a la represión es totalmente fundado. La cárcel, muy dura, y las ejecuciones sumarias son eficaces para inducir la obediencia. Los ciudadanos en los estados totalitarios sólo creen en huir. Como afirma el periodista Juan Manuel Cano, el comunismo terminó con una avalancha de gente que huía, no de gente que peleaba. La docilidad es una forma de adaptación al sistema.

El síndrome de indefensión. Las personas aprenden, desde la niñez, que el régimen es imbatible, de manera que no tiene sentido oponerse. Los padres, que quieren proteger a sus hijos, son los grandes propagadores de ese síndrome. Ellos enseñan a sus hijos a bajar la cabeza y obedecer para que no les hagan daño.

¿Qué más van a aprender los chavistas de sus maestros cubanos? Una lección estratégica clave: no es el momento de abrir otros frentes. Debe volar la paloma de la paz. A los gringos se les mandan mensajes tranquilizadores. A los grandes capitales se les asegura que no habrá mayores radicalismos. A los países del vecindario, que no deben temer la permanencia del postchavismo. A la oposición, palo y tentetieso.

Ya habrá tiempo de ajustarles las tuercas a esos enemigos naturales cuando caiga totalmente el telón de acero. (Firmas Press).

*Periodista y escritor.
Su último libro es la novela *Otra vez adiós*.

¿Qué más van a aprender los chavistas de sus maestros cubanos? Una lección estratégica clave: no es el momento de abrir otros frentes. Debe volar la paloma de la paz. A los gringos se les mandan mensajes tranquilizadores. A los grandes capitales se les asegura que no habrá mayores radicalismos. A los países del vecindario, que no deben temer la permanencia del postchavismo. A la oposición, palo y tentetieso



